



Ser Ricardo Montero

Gianfranco
PECCHINENDA

La estrategia del lector en *Ser Ricardo Montero*

La actividad de escribir, cuando no es la construcción de un discurso organizado con paciencia a través de un trabajo profundo y maduro, fruto de un largo ejercicio, sino que es literatura padecida, incontenible, determinada, a menudo sin un preciso proyecto creativo que sepa desde el principio dónde va a parar, produce resultados que casi siempre crean problemas para el lector, resultados que corresponden a los mismos problemas que atajan al autor. El problema se amplifica en *Ser Ricardo Montero*, por ser su discurso narrativo el fruto no de una trama que es parte de un género ya codificado, sino que la mezcla de varios géneros (diario, crónicas, memorias, leyenda, biografía, autobiografía); mejor dicho, más que una mezcla, la negación o la superación de todo género. Si a eso se le añade que esta novela alterna las formas del ensayo con las formas de la narración en su sentido más propio y alterna también la ficción fantástica o imaginaria con imágenes y recuerdos reales y vividos por el mismo autor –dando vida a una escritura narrativa existencial de introspección, reflexiva y de memoria relacionada con los modelos de comunicación de los actuales *social networks*– la situación para el lector puede llegar a ser ardua.

Pero lo más difícil para el lector será, al terminar el primer capítulo, dejar de leer el texto hasta el final: la novela (aparentemente la narración histórico-sociológica de una emigración de la familia de un extraño personaje, intercalada por algunas consideraciones subjetivas sobre teoría de la creación literaria), asume una inesperada forma de género policial que, mezclada con elementos de misterio que se insinúan

inadvertidamente y que el lector llega a percibir –mas sin comprenderlos del todo–, produce una gran curiosidad, casi una necesidad de saber quién es o qué es *Ricardo Montero*, atando y obligando al lector a llegar hasta el final de la lectura de toda la historia.

Pero ¿de qué lector estamos hablando? Mejor dicho: ¿quién es el lector de este libro? Seguramente no será un lector cualquiera, ocasional e inexperto, que por casualidad “tropieza” con este libro, atraído por su cubierta o algo por el estilo. Ni tampoco será alguien que conoce el escritor porque ha leído alguno de sus otros libros, ya que aquellos nada tienen que ver con éste, con *Ser Ricardo Montero*.

Aquí no se llega nunca a comprender si el escritor es aquel que, fuera del texto, lo ha escrito, o si es la figura literaria que se confunde con el autor, quien a su vez se confunde con el narrador y con el protagonista en el interior del texto. Por lo tanto, al escritor –no la persona real sino el escribiente– se le puede conocer en esta tipología textual solamente en el interior del texto, y lo de que él se sabe al exterior podría ser absolutamente inútil en relación con el libro del que se habla. El lector del texto, sea quien sea, es en todo caso aquel que después del primer capítulo, no solamente continúa la lectura, sino que lo hace con un sentimiento y una participación diferente de la que tenía al principio. Eso es lo que ocurre en el párrafo final del primer capítulo, en el que se introduce el tema de Facebook y aparecen de repente nuevos actores que, como conejos sacados del sombrero de un mago y entorpeciendo el carácter histórico-descriptivo de la narración, empujan el lector en un remolino narrativo totalmente diferente según el cual, de manera inconsciente, el lector termina hallándose en el interior del texto, sin que ésta sea su colocación normal; lo mismo pasa al escritor, quien también se encuentra en el interior del texto, confundándose e intercambiando los papeles con el autor, con el narrador y con el personaje. Es en el párrafo sobre Facebook que el autor descubre el juego e invita al lector para que participe activamente en la historia. A partir de ese momento, el lector comienza a ser parte integrante de la estructura del texto; de no ser así, quedaría fuera del juego, y la eventual continuación de la lectura resultaría inútilmente pasiva, hasta el punto de poder quedar víctima de la misma.

Por supuesto, no nos estamos refiriendo a la figura estructural, propia de cada cuento de manera clara o escondida; lo que la narratología define *narratario*, figura que, así como la del *narrador*, es aquí asumida por diferentes componentes del sistema de la narración. Nos referimos al lector verdadero, de carne y hueso, o sea el que *lee* el libro.

Pero ¿cuál podría ser el papel de este lector? Su papel consiste, como decíamos, en descubrir quién es o qué es *Ricardo Montero*. A esto corresponde el papel del autor, que consiste en no revelar quién es o qué es Ricardo Montero, y esto no por mantener una coherencia con una tipología narrativa que se apoya sobre este particular proceso de escritura, sino simplemente porque él no lo sabe, porque el escritor no se lo ha transmitido, y no lo ha hecho porque él mismo no está seguro de la identidad de *Ricardo Montero*, y aun menos está seguro que él pueda ser el protagonista de una historia que está contando no sabe bien a quien.

Nos encontramos así en el laberinto o en el juego de los espejos de la literatura borgeana, pero con una diferencia; una diferencia que, para simplificar, podemos definir “temporal”. En los cuentos de Borges no nos podemos equivocar sobre el autor: hay siempre una clara correspondencia, sin alguna confusión, con el escritor. El narrador está muy bien especificado, de manera inconfundible, y el lector está invitado a tomar parte al juego, aunque a distancia, y cada elemento del sistema comunicacional queda rígidamente en su lugar.

La de Borges es una Literatura del siglo XX con un carácter de escritura condicionado por el lenguaje del cine y con un idioma moldeado sobre la lógica de la sintaxis latina, lejana del siglo XIX, en donde se encuentran los maestros que Borges, mintiendo, declara estar imitando; pero todavía no estamos en la dinámica de la comunicación literaria actual, determinada por muchos, demasiados factores heterogéneos que la escritura trata, vanamente, de amalgamar y racionalizar.

En *Ser Ricardo Montero* encontramos otra afinidad, quizás menos tenue, con el modelo borgeano: la de ser capaz de comprimir en pocas páginas y en una hermética historia individual, una gran cantidad de temas y motivos inherentes a muchas diferentes disciplinas humanísticas: filosofía, sociología, teoría de la literatura, ciencias de la comunicación, internet, social-network, existencialismo. Pero también en esto, la concurrencia con la Literatura de Borges o con la literatura de la segunda mitad del siglo XX es bastante matizada. En *Ser Ricardo Montero* el montar conjuntamente tantas cuestiones no está programado, ni estudiado de manera intencional; las cosas se combinan casi por sí mismas, no hay responsabilidad del autor, y todavía menos del escritor quien, subyugado, se limita a transcribir lo que el autor le impone sin reflexionar mucho, encadenado por la urgencia de liberarse de su obsesión y de las dificultades de comprensión y discernimiento entre lo verdadero y lo falso, lo real y lo virtual, el recuerdo, lo vivido y lo solamente imaginado.

Una coincidencia aun menos sutil entre *Ser Ricardo Montero* y los cuentos de Borges está seguramente en el hecho de que toda la riqueza temática queda reducida casi siempre a un motivo principal, que consiste a menudo en un problema relacionado con la historia individual de una persona que toma lugar a partir de un momento fatal y algún acto iluminante, un momento y un acto que sintetizan toda la portada temporal de una existencia y de un destino.

Conjuntamente a esta característica hay otra, y creo sea justamente esa la que nos hace acostar esta novela a la narrativa de Borges: cualquiera que sea el tema central o el tema o los temas accesorios, todos ellos funcionan al fin y al cabo como instrumentos de un juego, de un juego literario que se instala entre el autor y el lector. El aspecto central de ese juego no es la vida o el conocimiento, sino que una substancia hecha de palabras y pocas imágenes, palabras e imágenes que implican el conocimiento, eso sí, pero con placer: como en cada juego auténtico, lo que está en juego no es nunca el verdadero objetivo de todo verdadero jugador, pues si hay alguien que gana, no hay en cambio quien pierda.

El problema del Ser, el problema de la identidad en la época digital; el otro, el doble, la sombra, el espejo; los cambios y las falsificaciones de la memoria; la emigración; el yo narrador, la identidad del sí mismo a través de la autonarración, la rigidez del nombre y la mentira de la imagen. Todo esto compone el movimiento temático vagante del texto pero no justifica el proyecto y el significado. El único verdadero enigma literario resulta ser la relación entre el autor y el lector.

Ricardo Montero no es un personaje con un carácter y una biografía que se puedan reconstruir con facilidad: es una mirada, una fotografía, una sombra ilusoria, quizás una idea, en todo caso indistinta, inatrapable. *Ricardo Montero* es la obsesión de su propia historia y de su propio tiempo. Lo que más vale es el Yo, y lo mas importante de ese yo es su narración. El yo biográfico que se narra a sí mismo, pero no como autobiografía sino como biografía del Ser.

El pecado mortal de la literatura narrativa contemporánea está muy estrechamente relacionada con su obstinación acerca del yo. A partir de ese momento, que es cuando el yo se impone, irrumpe, inunda, la literatura entra en el pecado y así seguirá durante más de un siglo. Hoy en día, en los comienzos del tercer milenio, parecería querer salir de ese

tema, con la ayuda del *Web* y de los *Social Networks*, suprimiendo el yo en su multiplicidad o, mejor dicho, negándolo, después de haberlo buscado tan desesperadamente y haberlo exaltado, venerado. La literatura tendrá que recorrer todavía un largo trato de castigo antes de redimirse de ese tremendo pecado, el peor que el hombre literario haya jamás cometido hasta el día de hoy. Este libro, aparentemente inocente, sin ostentación y sin ninguna particular forma de exhibicionismo, ni de pretensión, representa uno de los primeros intentos de redención del Yo narrador y pecador.

Ser Ricardo Montero no es un ensayo, pero tampoco es una novela. No es literatura existencial o existencialista, no es un *post-modern* de la última hora, ni tampoco quiere ser una nueva forma de experimentación de la literatura contemporánea: es su final. El final de la narración así como ha venido desarrollándose desde *Las mil y una noches* hasta Jorge Luis Borges.

Por supuesto queda todo lo literario que no ha sido puesto en discusión; es decir, esta inmensa categoría, forma y substancia de toda espiritualidad que es actualmente más viva que nunca, y lo será aun más en el futuro, porque se expandirá cada vez más en toda actividad humana, ante todo en el mundo virtual, que representa la esencia multiforme de lo literario. Pero la evolución histórica de la literatura haya quizás llegado o esté por llegar a su fase final, en la que cada transformación será una fractura irreversible.

La marca más evidente de esta hipótesis, está en la disolución de quien la ocasionó, el lector, quien se está definitivamente transformando en consumidor, en receptor pasivo e inactivo. La escritura, la verdadera escritura, no es exactamente comunicación. Y si lo fuera, sería antes que nada autocomunicación. Se escribe casi siempre por uno mismo. Lo que se ha escrito llega después a ser comunicación literaria con el acto de la lectura, en el que el lector es creador, a veces hasta más que el mismo escritor. El lector enciende de vida el texto, o lo descuida, lo esconde, lo confunde, lo transforma y, tal vez, lo destruye. Desde el momento en el que el libro es leído, el escritor no controla ya nada: los hechos y el protagonista pasan a otras manos, aquellas del lector, que se transformará en el árbitro de sus destinos.

Con respecto al lector, en *Ser Ricardo Montero* pasa algo diferente: el autor lleva los trucos borgeanos a consecuencias extremas. No se comprende bien si todo ha sido programado e intencional, y si es una estrategia preventiva o defensiva; lo que es cierto es que en esta novela el lector es atraído y colocado en el interior del texto y, con eso, queda inofensivo con respecto a cualquier posible solución de su parte contra el texto, ya que lo haría contra sí mismo. En el sistema comunicacional del texto, el lector es una figura real, una persona de carne y hueso, como el escritor. Pero si el escritor es intercambiable con el autor, el narrador y el personaje, pierde la consistencia de su ser real. En consecuencia, el lector, involucrado en el juego, pierde también su consistencia real. Facebook representa el ambiente ideal para mostrar esos inevitables efectos.

Cuando en la novela se llega al punto en que parece posible desenredar las diferentes complejas relaciones hasta aquel momento construidas, el autor se dirige hacia la solución final: desactiva la cuenta de *Ricardo Montero*, sabiendo, como lo saben todos los que están involucrados en el texto, que eso no hará desaparecer a Ricardo Montero –quien sabe mejor que nadie que “El que fue, ya no puede no haber sido”; con ese acto se concluye la novela, dejando a todos en suspenso, sobre todo al lector y, por supuesto, a *Ricardo Montero*.

Frente a todo eso el lector, casi sin querer, intuye la terrible idea del autor en contra de él, y exclama, con cierta preocupación: “¡Todos somos *Ricardo Montero*!” Luego, reflexionando con calma, piensa que podría ser aun peor: que el autor, con la complicidad del narrador y del mismo Ricardo Montero, y con el apoyo de un gran escritor español y

de un olvidado escritor francés, con esa acción final libera el escritor de su obsesión, entregándosela al lector. “¡Ahora *Ricardo Montero* soy yo, maldición!”.

Llegado a ese punto el lector, atrapado por una inquietud irreparable, piensa solamente en una cosa: en liberarse, él también, de *Ricardo Montero*.

Aprovechando de la primera oportunidad que se le ofrece, o sea la publicación de este libro en su traducción castellana, el lector hace lo posible, con argumentos que espera que puedan resultar contundentes, para manifestar la actualidad, la importancia y la peculiaridad de la novela para favorecer su difusión en la Península Ibérica y, desde allí, difundirla hasta el Río de La Plata, que es, al final, el lugar geográfico y literario de donde surgió *Ricardo Montero*.

De esta manera, restituyéndolo a su mundo, lejos de Europa, y sin poder *Ricardo Montero* volver atrás por falta de embarcaciones directas, y sin poder tomar algún avión, perteneciendo a una época en la cual estos todavía no se utilizaban, el lector espera poder eludir la trampa en la que el autor lo había encerrado.

Por lo que respecta los ejemplares del libro que seguirán circulando por Europa, en italiano, español o lo que sea, aunque todos los lectores se pusieran de acuerdo para destruirlos todos, resultaría completamente inútil, ya que el diabólico autor habrá procurado proporcionar a Ricardo Montero de una imperecedera existencia, insertándolo en el circuito de la *red telemática* de donde es casi imposible evadir.

Por lo tanto el lector sabe bien que con la publicación del libro en España su salvación es solamente provisoria, pero le sirve de consuelo la idea de poder posponer, por el tiempo que le quede, la condición de *Ser Ricardo Montero*.

Ficha técnica del libro:

Título:	Ser Ricardo Montero
Autor:	Gianfranco PECCHINENDA
Editorial:	Barcelona, Ediciones Carena, 2014 (traducción de Elena Trapanese)
Número de páginas:	99

Vito GALEOTA

